

Luis Acosta
Betegón

*La Revolución rusa y sus
antecedentes históricos
(1905-1917). Una visión
actual en su primer
centenario*

INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo XIX la vida social en los países occidentales en franca industrialización estuvo caracterizada por el surgimiento de grandes bolsones de pobreza en las periferias de sus principales ciudades. Este fenómeno se produjo a partir de la no inclusión de amplias mayorías de sus habitantes en los beneficios del progreso tecnológico de la época. El resultado más palpable de dicho problema fue el aumento gradual de un proletariado industrial que percibía bajos ingresos, generando esto, junto a otras razones, las premisas materiales de una oleada revolucionaria en Europa a finales de la primera mitad del XIX. La acumulación de tal situación social generó otro estallido revolucionario a inicios del siglo XX y de manera notable a finales de su segunda década (1917-1922).

En este último auge revolucionario se insertó el ciclo preparatorio de la Revolución rusa (1905-1917), que comprende el conjunto de acontecimientos sociopolíticos acaecidos en Rusia desde los levantamientos revolucionarios de 1905, pasando por la Revolución de febrero de 1917, hasta la Revolución Bolchevique de octubre de ese propio año. Un breve repaso de sus más importantes hitos nos pueden ubicar mejor en las

dimensiones de este hecho de trascendencia universal a cuyo primer centenario hemos arribado.

Los antecedentes

El contexto social que caracterizó dicho proceso insurreccional estuvo dado por las previas contradicciones estructurales originadas por el desfase entre los cambios proyectados en la economía rusa, tendientes a una modernización capitalista, y la atrasada estructura sociopolítica nacional, fundamentada en el absolutismo feudal y desde la cual se pretendió instrumentar tales cambios. A pesar de que dichas aspiraciones de modificaciones fueron introducidas en el país, se hicieron tardíamente en comparación con las potencias occidentales. Contrario a estos, en Rusia sus resultados generaron factores condicionantes del comienzo de una prolongada crisis nacional que posteriormente desembocó en la Revolución de 1917. Una breve retrospectiva nos ayudará a comprender las bases de tal crisis y su consiguiente estallido revolucionario.

Una vez concluida la invasión napoleónica al imperio ruso, las circunstancias geopolíticas de Europa señalaron a este gran imperio como uno de los estados baluartes de la reacción internacional; de tal modo, desde 1812, con la victoria sobre los ejércitos napoleónicos, los cuales eran portadores simbólicos de las nuevas relaciones capitalistas, se consolidó la influencia rusa en Europa Occidental. Si bien la victoria sobre Napoleón acrecentó el nacionalismo ruso en sus distintas expresiones, también detuvo la entrada al país de la expansión capitalista para la primera mitad del XIX, como se produjo en varios países europeos, al menos por esta vía.

Lo anterior representó la contención o el reflujo de reformas económicas y políticas con miras capitalistas desde fuera o dentro de Rusia, de allí que podamos decir, de manera general, que para mediados del siglo XIX Rusia se encontraba en un periodo de estancamiento en ramas tan importantes como la economía. Mientras Gran Bretaña y Prusia lograron crecimientos de hasta el 100% de su Producto Interno Bruto per Cápita (PIB) para la época (alrededor de 1850), el Imperio ruso apenas pudo crecer la mitad. A su vez, Rusia fue el último país en abolir la servidumbre feudal en el continente, eliminándola en la década del sesenta del siglo XIX. También la productividad del agro

descendió con respecto al siglo XVIII. En el plano político su modelo de gobierno era la autocracia absolutista, que no poseía la estructura y capacidad correctas para una transición al capitalismo, como sí la tuvieron otros países europeos.

La decadencia de este imperio fue evidente también en el plano militar, ya que hubo una marcada distancia entre el nivel científico-técnico del imperio y el de otras potencias de Europa Occidental, que se hicieron más evidentes durante la guerra de Crimea (1853-1856). Esta guerra significó una derrota para los Romanov y su política de la servidumbre que pretendía mantener la vigencia de un Estado feudal, lo que acentuó el atraso en el plano industrial y tecnológico de Rusia. El componente industrial-militar del ejército ruso contaba con fusiles de menor alcance en comparación con Francia e Inglaterra, por tan solo citar un ejemplo de las inferioridades zaristas.

La derrota de Crimea vendría a marcar el inicio del colapso del zarismo en la Rusia imperial al perder respaldo de los pocos sectores populares que los veían como promotores del desarrollo en el país. Empezaron a ser percibidos como un atraso para el progreso nacional.

Por otro lado, en lo social y político se produjeron algunos sucesos que fueron desgastando desde fines del XVIII el modelo de dominación autocrático. Con ello las condiciones de precariedad de los campesinos rusos fueron el caldo de cultivo de levantamientos populares, como el de los Cosacos en 1773, liderados por Yemelián Pugachov, contra Catalina la Grande. También la influencia de ideas liberales provenientes de los roces entre oficiales rusos con franceses en el marco de las guerras napoleónicas dio paso a acciones como la revuelta de los decembristas en 1825 contra Nicolás I. Todos estos factores continuaron jugando un rol desestabilizador de la política imperial rusa, ya que el descontento iba en un dialéctico y franco crecimiento.

Las desfavorables condiciones mediante las cuales se decretó la abolición de la servidumbre implicaban una indemnización para la nobleza en la que «[...] los campesinos debían aportar inicialmente el 20% del valor de la tierra y el restante 80% lo pagarían a un plazo de 49 años con una tasa anual del seis por ciento.» (García, 2010). Esta pretendida reforma buscaba apaciguar los ánimos del sector agrícola, no obstante, el mismo fue percibido

como oneroso por parte de importantes sectores del campesinado ruso.

Esto produjo una profunda insatisfacción del campesinado que se expresó en centenares de convulsiones sociales a lo largo del XIX, creando progresivamente una consciencia de lucha y cambio social en diversas capas de la sociedad. Dicha situación, en combinación con la agitación en las zonas rurales y la difusión de ideas liberales y socialistas en ámbitos intelectuales urbanos, formó una élite de conspiradores y revolucionarios que dieron luz a las ideas del populismo y el socialismo ruso.

La presencia acentuada e histórica de las comunas rusas se fundamentaba en la no existencia de una tradición jurídica de propiedad privada arraigada en el país (en el sentido moderno). Es decir, no se entendía que la propiedad perteneciera a una persona, y que esta pudiera disponer de ella a su propia voluntad (hasta destruirla si así lo deseaba) sin importar el impacto en el resto de la sociedad. La existencia de dichas comunidades campesinas condicionó para el futuro del país la noción de la aplicabilidad de un socialismo campesino en Rusia, aunque algo rudimentario, en tanto la propiedad colectiva primaba como concepto frente a la privada. Esta fue una de las ideas centrales que, junto al sentido de misión ruso (heredado de la cultura bizantina), la tradición paneslava (Kissinger, 1996), el debate de las ideas liberales y socialistas occidentales y los métodos del jacobinismo conspirativo, configuraron la filosofía política radical de los revolucionarios rusos de finales del siglo XIX y principios del XX.

Dicha teoría y práctica política radical tuvieron su periodo de gestación durante los años de 1860 a 1905. Durante esa etapa el movimiento revolucionario debatió los enfoques conceptuales y metodológicos, construyendo así la teoría de la revolución desde la Rusia de la época, que en su momento coincidió con la predisposición favorable por parte de las masas populares debido al desencanto que produjeron la precariedad, la lentísima velocidad en la implementación de algunos cambios, así como la instauración de los consejos rurales (*zemstvo*), y el establecimiento de una alta indemnización para abolir la servidumbre en favor de la nobleza. En líneas generales los acontecimientos antes planteados fueron cimentando el camino para el estallido del ciclo revolucionario iniciado en 1905.

La Revolución de 1905

Es importante destacar que la revolución de 1905 contribuyó al desenlace triunfal de la revolución de 1917, ya que la primera fue un escenario de ensayo y error que les permitió a los revolucionarios rusos aprender los métodos necesarios para consagrarse en el poder y medir la reacción de la monarquía zarista rusa.

La forma radical de hacer política tuvo un claro resultado entre enero y septiembre de 1905, cuando se desarrolló una ola de movilizaciones y protestas que llevaron a la modificación de la monarquía autocrática por la instauración de una monarquía constitucional. Dichas protestas incluyeron huelgas económicas que evolucionaron a huelgas políticas, acciones terroristas, motines militares y levantamientos campesinos, dando como resultado un ambiente político de insurrección inherente a un período revolucionario. Se impuso el criterio en amplios sectores populares, en los intelectuales y los agitadores, de que la tierra y la libertad solo serían obtenidas por la vía revolucionaria.

Como antecedente de los hechos de 1905 cabe destacar también el ascenso al trono de Alejandro III en 1881 debido al magnicidio de Alejandro II, ejecutado por la organización radical populista revolucionaria denominada «Voluntad del Pueblo.»

Es importante mencionar, además, que tal hecho fue analizado oportuna y correctamente por Vladimir I. Lenin, quien cuestionaba la eficacia de este tipo de atentados o magnicidios, ya que lejos de lograr el objetivo principal, que era la toma del poder político, lo que terminaba ocurriendo era que, si bien debilitaba a la monarquía rusa, también debilitaba a las organizaciones revolucionarias. Con esto se facilitaba, asimismo, el camino para que la burguesía rusa tomara el poder en detrimento de las grandes mayorías.

Ya en el poder, Alejandro III fortaleció los mecanismos represivos del estado mediante la policía política que fue eficaz en la desarticulación del populismo revolucionario, mediante asesinatos, carcelazos y exilio. Así, una cantidad de militantes deseosos de un cambio social fueron expulsados del Imperio ruso y se refugiaron en países como: Alemania, Suiza, Bélgica, Francia, entre otros. Al emigrar a estos países muchos de ellos

comenzaron el estudio de ideas socialistas occidentales y entraron en un contacto más profundo con el socialismo científico.

Desde ese exilio se formó el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que nació como producto de una planificación del grupo marxista Emancipación del Trabajo en coordinación con la Internacional Socialista. Y para 1898 se organizó el I Congreso del Partido en Minsk-Bielorrusia (parte del Imperio ruso), con la asistencia de nueve delegados y la ausencia de dirigentes como Jorge Plejanov (en el exilio), Lenin y Martov, presos en Siberia.

A partir de 1892 y hasta 1903 –aproximadamente– ingresaron al Imperio ruso una gran cantidad de capitales extranjeros y se impulsaron algunas medidas monetarias (como la fijación al patrón oro). Esto produjo un mejor ritmo de crecimiento económico en algunos centros urbanos. No obstante, en 1904 ocurre una depresión que exacerbó la movilización de los trabajadores debido a la desmejora de sus condiciones de vida. Cabe destacar que cuando se da la crisis económica se cumplen con una de las condiciones objetivas para un proceso revolucionario, ya que esto significó un descontento por parte de la población rusa, que fue, en última instancia, la que sufrió mayormente las consecuencias de dicha dificultad.

La crisis de la economía del imperio y de la hacienda pública zarista se desarrolló como uno de los efectos de la guerra ruso-japonesa que inició en febrero de 1904. Dicho conflicto fue producto de la contradicción geopolítica, económica y estratégica entre la Rusia zarista y el Imperio japonés. La búsqueda de una costa en el Pacífico por parte de Rusia, a través de Manchuria, fue interpretada como una amenaza a la seguridad nacional por Japón.

Por otro lado, Reino Unido colaboró con Japón brindándole tecnología militar para azuzar la contradicción ruso-japonesa, ya que la presencia rusa en el Pacífico planteaba una rivalidad comercial al dominio lucrativo que ejercía Reino Unido en Asia Pacífico. En esta guerra el Imperio ruso obtuvo la peor parte; de dieciséis batallas, doce constituyeron victorias claras para los japoneses, mientras las otras cuatro registraron un resultado indeterminado, en algunos casos con retirada de tropas rusas. Para la población rusa esta guerra fue un sinsentido que representaba la incapacidad manifiesta del zar Nicolás II y su corte.

Cabe destacar que este hecho militar tuvo grandes repercusiones internacionales al ser la primera vez que una fuerza asiática lograba enfrentar eficazmente, y derrotar, a una potencia europea. La reputación militar de Rusia quedó maltrecha, colocando a la nación y a su pueblo en una posición peligrosa frente a otras potencias y amenazas extranjeras.

En 1905 existía un ascenso del nivel organizativo de las organizaciones revolucionarias, entre ellas el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), que había sufrido una escisión interna en 1903, dividiéndose en dos tendencias, los mencheviques y los bolcheviques. Ambas agrupaciones mantuvieron el nombre de POS DR hasta 1917 cuando los bolcheviques adquieren el nombre de Partido Comunista. Otra organización existente para la época era el Partido Social Revolucionario fundado en 1900.

Esta última organización empleaba métodos terroristas en su accionar, y entre 1900-1905 perpetró algunos asesinatos selectivos a altos personajes de la burocracia monárquica (dos ministros), hechos que crearon las condiciones para que Nicolás II endureciera las medidas de represión y control policíaco de la actividad política, situación ya advertida críticamente por Lenin.

Evolución de los acontecimientos: *el Domingo Sangriento*

El domingo 9 de enero de 1905 se desarrolló una manifestación obrera y campesina por reivindicaciones laborales y socioeconómicas con el acompañamiento de clérigos en la capital del Imperio ruso (San Petersburgo). Dicha movilización fue reprimida por los guardias cosacos, dejando un saldo de dos millares de muertos.

La represión indignó a otros sectores de la población rusa que procedieron a activarse en rechazo de dicho episodio de violencia y del estado de tiranía opresiva que imperaba en el régimen zarista. Los trabajadores arreciaron sus demandas laborales, los campesinos sus motivaciones agrarias, las capas medias, la intelectualidad y profesionales sus peticiones en materia de libertad ciudadana, los militares pedían ajustes salariales, las minorías étnicas solicitaban libre expresión cultural y los agitadores revolucionarios buscaban realizar cambios sociales y estructurales.

El ambiente revolucionario durante 1905 y 1908 estuvo caracterizado por una combinación de métodos de lucha: ocupaciones de tierra, expropiaciones a latifundios, huelgas económicas, protestas y agitación de universitarios, enfrentamientos con la policía del imperio zarista, entre otros. Estos eran utilizados por cada estamento social para expresar su descontento y accionar en función de sus objetivos. No obstante, la intensidad revolucionaria se condensó en 1905, tras aquel *Domingo Sangriento*.

A inicios de año cerca de medio millón de obreros protagonizaron la huelga en respuesta al *Domingo Sangriento* y en función de demandas laborales. Desde Polonia hasta los Urales y desde el Báltico hasta el Cáucaso, en amplias zonas del imperio estalló un oleaje de protestas.

Para finales de febrero Nicolás II se comprometió a crear la Duma (asamblea con un rol consultivo), a llamar a elecciones y a brindarle un fundamento constitucional a la monarquía. Sin embargo, la participación electoral sería circunscrita debido a las barreras que se establecían en el padrón electoral sumado a las restricciones en el alcance de la Duma; así, los próximos nueve meses fueron de presión para el zar. Adicional a tales demandas de corte democratizador y de mejoras socioeconómicas por parte de las masas rusas estaban las aspiraciones de algunas minorías étnicas, que deseaban visibilizar sus características culturales libremente.

Como respuesta a las presiones populares por el cambio, en octubre el zar aceptó a regañadientes dar su cuño al «Manifiesto para la Mejora del Orden del Estado», un documento elaborado bajo la influencia de un hábil operador político conservador, el conde Serguéi Witte, quien entendía la necesidad de hacer algunas reformas como maniobra para contener el impulso revolucionario. Para este momento, la monarquía rusa contaba con múltiples desgastes, como lo fueron la derrota ante Japón, la crisis económica mundial y la crisis política interna. Es decir, el Zar no tenía mayor capacidad de maniobra, por lo que se vio obligado a intentar dilatar la agudización de la crisis política interna.

La coacción popular revolucionaria que llevó a la firma de este compromiso por el zar estuvo identificada por la «Gran Huelga de Octubre», que fue respaldada por dos centenares

de factorías (en actividades como comunicaciones, transporte, entre otras) y miles de obreros con la conducción del revolucionario León Trotsky (menchevique en aquel momento).

Como ya se advirtió, esta huelga sobrevino a la consumación de la humillante derrota militar rusa en la guerra ruso-japonesa mediante el acuerdo Portsmouth (septiembre de 1905), hecho que produjo motines de marinos en Sebastopol, Vladivostok y Kronstadt, vigorizando el ambiente revolucionario que constriñó a Nicolás II.

El Manifiesto incluyó los siguientes aspectos: voto universal, legitimación de algunos partidos políticos (los Kadéts, los Octubristas y la Unión de Terratenientes), institucionalización de la Duma como órgano parlamentario, reconocimiento de la existencia de libertades individuales políticas de los ciudadanos, y finalmente, amnistía para perseguidos políticos.

Las concesiones del manifiesto resultaron un maquillaje político del régimen. Nicolás II llegó a desconocer algunos acuerdos en cuanto pudo y contraatacó reprimiendo cruentamente la huelga de diciembre de 1905, impulsada por los bolcheviques. Sin embargo, los bolcheviques lograron en 1905 boicotear exitosamente la convocatoria de un parlamento reaccionario dominado por las fuerzas favorables al zarismo.

A finales de año también fueron promulgadas las nuevas leyes electorales, permitiendo el derecho al voto a mayores de 25 años. Tres meses después, en 1906, fueron boicoteadas infructuosamente las elecciones a la Duma por los revolucionarios y en esta fueron elegidas las curules ocupadas por una mayoría de kadéts (39%) de los 439 escaños, (20,5%) de los trudovíks, (22,8%) parlamentarios campesinos sin filiación partidaria, (14%) minorías nacionales y (3,6%) octubristas.

Luego, con la divulgación de la Constitución, se evidenció el retoque cosmético político del régimen. El funcionamiento de la Duma fue restringido. Los factores de poder del estado (órgano ejecutivo y fuerzas armadas) se mantuvieron bajo control absoluto del zar. Otras instituciones de control social, como la Iglesia Ortodoxa, se mantuvieron bajo dominio monárquico; o sea, la monarquía continuaba administrando y centralizando la mayor parte del poder en Rusia. Aun después de todas las situaciones críticas que se habían venido desarrollando, el zar pretendía desconocer la realidad.

Consecuentemente, en el momento en que la Duma se convirtió en tribuna de denuncia y agitación para los activistas revolucionarios, esta fue disuelta en julio de 1906.

En conclusión, como se señaló anteriormente, los hechos de 1905 constituyeron una coyuntura de aprendizaje y ejercicio político para los actores revolucionarios que llevarían el proceso de transformación estructural de la sociedad rusa hasta sus últimas consecuencias en 1917. Es decir, la Revolución de 1905, aunque inconclusa, fue una escuela sociopolítica e ideológica para los acontecimientos venideros.

Las revoluciones de 1917, la liberal (febrero) y la bolchevique (octubre)

La práctica política de los revolucionarios rusos se inspiró en la síntesis y el análisis crítico de las ideas provenientes de la herencia del colectivismo campesino ruso y el socialismo occidental del siglo XIX, sobre todo las ideas de Karl Marx, que fueron acrisoladas al calor de la militancia contra el régimen en la revolución de 1905. Los acontecimientos políticos de ese año (1905) se desarrollaron como una gran *coyuntura-escuela* para los revolucionarios rusos, al respecto Lenin afirmó:

Cada mes de este período vale, desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política — para las masas y los dirigentes, para las clases y los partidos —, por un año de desenvolvimiento «pacífico» y «constitucional». Sin el «ensayo general» de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre en 1917 hubiera sido imposible. (Lenin, 1975: 10)

En consecuencia, para Lenin los hechos de 1905 sirvieron de escuela política para el asalto definitivo del poder en 1917 y de esta manera representar a los sectores populares de la sociedad rusa. En síntesis: para Lenin, sin 1905 no hubiera existido 1917; aunque, claro está, la realidad es dialéctica, y quizás hubiera sucedido de otra forma o en otro momento histórico.

La década posterior (1906-1916) constituyó un período de acumulación para las fuerzas revolucionarias, aun en medio de las fluctuaciones inherentes a la dinámica de la lucha entre las clases y facciones sociopolíticas por la hegemonía en la conducción de la lucha contra la tiranía zarista y por el poder. Es

importante señalar la visión de los revolucionarios rusos que no cayeron en la idealización de la lucha (lucha social como finalidad *per se*), sino que siempre que lucharon contra el zarismo también lo hicieron para tomar el poder, ya que entendían que de nada servía abolir la monarquía, si otros sectores (como la burguesía) tomaban el mando, es decir, la lucha de los revolucionarios rusos fue por la toma del poder más que la simple llegada al mismo.

Durante esta fase transcurrieron períodos de reacción (1907-1910), etapas de ascenso de los revolucionarios en cuanto a influencia, organización y experiencia (1910-1914) y la convulsión generada por la Primera Guerra Mundial (1914-1917) (Lenin, 1975: 10).

La Revolución de febrero de 1917 constituyó una etapa de avance de los cambios políticos de Rusia en función de los objetivos de las facciones liberales que participaban de la dinámica conspirativa y militante del país. La modificación más significativa fue la abdicación de Nicolás II, lo que provocó el fin de la monarquía y el establecimiento de un gobierno provisional.

Este gobierno era la expresión de un punto de equilibrio coyuntural que estaba conformado por un nivel de entendimiento entre liberales y socialistas en función del derrocamiento del zarismo. El abanico de posturas políticas e ideológicas contemplaba, desde un nuevo acuerdo con el zar a través de una monarquía constitucional, hasta la instauración de la revolución socialista. Sin embargo, en ese momento el sector liberal que propugnaba la instauración de una república parlamentaria resultó el sujeto social que hegemonizó ese instante del período revolucionario.

Los acontecimientos iniciaron el 9 de enero del calendario juliano, mediante una huelga conmemorativa de los sucesos de 1905. La huelga logró convocar a casi la mitad de los obreros de San Petersburgo, junto a otros huelguistas de todo el país.

Una semana después (14 de enero) los obreros de la fábrica Putílov organizaron una huelga que devino en la clausura arbitraria de la empresa por parte de sus dueños y ejecutivos dejando sin empleo a una cantidad importante de trabajadores (treinta mil aproximadamente). Dichos proletarios acordaron elevar la huelga de nivel económico a un nivel político debido a que

la situación socioeconómica era de penuria por la insuficiencia de alimentos en el marco de la guerra. Siete días después, la huelga incorporó a las mujeres (amas de casa) y la situación evolucionó hacia una protesta de intensidad superior que fue catalizada por la desesperación y el hambre, tanto de huelguistas como de las amas de casa, que provocaron el derrocamiento del zar.

Entre el 25 y el 30 de febrero se desarrollaron actos de insurrección en los cuales progresivamente participaron obreros, estudiantes, soldados y marinos. Estas acciones tuvieron como objetivo enfrentar y derrotar a la policía zarista, tomar el control de la capital, de ciudades claves y ajusticiar a comandantes y oficiales esbirros del régimen. Dichas faenas se iniciaron con asaltos a las armerías y estaciones en ciudades como Výmorg, Helsingfors, Reval, Pskov, Dvinsk y Riga.

En aquellos días (27 de febrero) los parlamentarios liberales y mencheviques se opusieron a la orden zarista de disolución de la Duma y organizaron un «Comité Provisional» para comenzar a tomar las riendas del levantamiento, ello permitió a Alexander Kerenski asumir una posición relevante en el posterior gobierno provisional. A partir de ese momento, toman el mando de algunos sectores estratégicos, como vías férreas y telégrafo. El 1.º de marzo la capital estaba bajo control del comité provisional, los sóviets y facciones de revolucionarios.

Ante estas circunstancias Nicolás II abdica el 2 de marzo. El gobierno provisional estuvo en sus comienzos presidido por el príncipe Gueorgui Lvov y luego fue reemplazado por Alexander Kérenski.

La Revolución bolchevique

La participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial llevó al pueblo al límite de sus condiciones de vida. Luego de la Revolución de febrero se hizo evidente que el gobierno provisional no apostaba a retirar a Rusia del conflicto, lo que implicaba continuar el sacrificio que tenía extenuado al pueblo. En ese contexto, los cimientos políticos del nuevo gobierno se erosionaron progresivamente. La estructura militar del estado comenzó a desmoronarse debido a las deserciones masivas de los combatientes, se hizo evidente el fracaso de las facciones liberales en canalizar las aspiraciones del pueblo; la militancia

sistemática, conspirativa y beligerante de los bolcheviques llevó al desgaste total a los otros sectores políticos e ideológicos, evidenciando que una élite de militantes profesionales, disciplinados, endurecidos y compactados ideológicamente pueden tomar el poder de un estado.

Tal era el nivel de desesperación en las fuerzas armadas rusas que se debió establecer los batallones penales, que fueron brigadas de castigo para desertores. Estos batallones penales, creados por los zares, luego reaparecieron en Stalingrado bajo el lema, «ni un paso atrás.»

Dentro del bando revolucionario, incluso en el seno del partido bolchevique, existían distintas opiniones sobre cómo abordar la coyuntura luego de la revolución de febrero y partiendo del desgaste del gobierno provisional. A pesar de esta divergencia de opiniones y de los temores, Lenin resolvió una clara línea de acción. Tomando en cuenta la fuerte influencia que ejercían los bolcheviques sobre los sóviets, el control sobre el Sóviet de Petrogrado (la capital) y el dominio que poseían altos miembros del partido (Trotsky) sobre el Comité Militar Revolucionario, la línea que impulsó Lenin fue tomar por asalto el poder.

El 25 de octubre de 1917 (según el calendario juliano) el gobierno provisional fue desplazado del poder por los bolcheviques. De esta forma, un disciplinado partido que contaba para la época con doscientos mil militantes (aproximadamente el 0.0012% de la población) asumió las riendas de un estado de 170 millones de habitantes.

Era la primera vez que los trabajadores habían tomado el poder para sí mismos y no para otra clase social. Este hecho marcó toda la historia del siglo xx. Para entender mejor estos sucesos la explicación de la evolución de los acontecimientos es la siguiente: luego que se hiciera evidente el descrédito del gobierno provisional que se resistía a firmar la paz (tal como reclamaban amplios sectores de la población) el apoyo al programa de los bolcheviques creció de forma inédita. A su vez, la situación económica del país era crítica y los resultados en el frente oriental desalentaban a los soldados. Dichas circunstancias fueron aprovechadas por los bolcheviques.

Quince días antes del triunfo de la revolución, Lenin persuadió a la dirección de su partido para que acordaran ejecutar una insurrección armada contra el gobierno de Kerenski. Esta

decisión se dio en medio de diversos criterios y divisiones, no obstante, la fecha de la operación no se definió. Las dos posturas más significativas en pugna eran: la de Lenin, que proponía la toma del poder aprovechando el control sobre el Sóviet de Petrogrado que poseía el partido, y la de Kámenev, contrario a esta idea.

Por otro lado, el Sóviet de Petrogrado acordó la formación del Comité Militar Revolucionario como una estructura oficial integrada por obreros, soldados, marinos y militantes revolucionarios. Esto ocurrió trece días antes de la toma del poder.

El día de la toma del poder (en horas de la madrugada) el Sóviet de Petrogrado, una vez tomada la decisión de conformar un nuevo gobierno revolucionario, el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, ejecutó un plan para detener a los personeros del gobierno de Kerenski y adquirir el mando de los sitios estratégicos. Algunos de estos puntos fueron: la oficina de telégrafos y correos, la estación ferroviaria, la central eléctrica, algunos pasos terrestres y puentes, el banco central, la central de telefonía, entre otros sectores. Todos serían ocupados por los revolucionarios durante la madrugada. Al alba matutina del 25 de octubre se procedió a irrumpir el Palacio de Invierno. A las diez de la mañana se le informó oficialmente a la ciudadanía que había caído el gobierno de Kerenski y que el control del gobierno estaba en manos del Sóviet de Petrogrado. En horas de la noche se completa la toma del poder con la ocupación del Palacio de Invierno.

Al día siguiente, el gobierno revolucionario anunció a la población su intención de negociar la paz para beneficio del pueblo ruso y plantear un nuevo régimen agrario.

El líder bolchevique fue elegido presidente del nuevo órgano ejecutivo (el Sovnarkom) y desde allí dirigió la expansión y consolidación de la revolución hacia las ciudades más industrializadas, en las cuales el sóviet de cada ciudad desempeñó un rol clave para dicha transición del mando a los revolucionarios. Con el triunfo de la Revolución Bolchevique se inició un periodo de efervescencia revolucionaria en amplias zonas del mundo, el historiador marxista británico Eric Hobsbawm (1999) así lo consideró en una de sus obras más emblemáticas:

Pero los acontecimientos de Rusia no solo crearon revolucionarios sino (y eso es más importante) revoluciones. En enero de 1918, pocas semanas después de la conquista del Palacio de Invierno, y mientras los bolcheviques intentaban desesperadamente negociar la paz con el ejército alemán que avanzaba hacia sus fronteras, Europa Central fue barrida por una oleada de huelgas políticas y manifestaciones antibelicistas que se iniciaron en Viena para propagarse a través de Budapest y de los territorios checos hasta Alemania, culminando en la revuelta de la marinería austro-húngara en el Adriático. Cuando se vio con claridad que las potencias centrales serían derrotadas, sus ejércitos se desintegraron. En septiembre, los soldados campesinos búlgaros regresaron a su país, proclamaron la república y marcharon sobre Sofía, aunque pudieron ser desarmados con la ayuda alemana. En octubre, se desmembró la monarquía de los Habsburgo, después de las últimas derrotas sufridas en el frente de Italia. Se establecieron entonces varios estados nacionales nuevos con la esperanza de que los aliados victoriosos los preferirían a los peligros de la revolución bolchevique. (Hobsbawm, 1999: 74)

Cabe destacar que esta revolución, luego de que las potencias capitalistas occidentales entendieran su significado, intentó ser destruida a toda costa. Esto se debió a que produjo un temor en los grandes países capitalistas de que los trabajadores del resto de Europa emularan a los trabajadores de Rusia y decidieran tomar el poder para el pueblo.

Una vez triunfa la revolución socialista rusa estas potencias occidentales llegaron a apoyar la creación de fuerzas contrarrevolucionarias (como el ejército blanco), que ocuparon parte importante del territorio de la Rusia Soviética. Sin embargo, tales intentos de frenar el nuevo modelo emancipatorio fracasaron, permitiendo la consolidación de la Revolución y el nacimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1922.

El temor que generó en Occidente esta revolución socialista nunca disminuyó, por el contrario, estuvo latente a lo largo de casi todo el siglo xx. Las burguesías que controlaban los principales estados occidentales estuvieron buscando el momento idóneo para arremeter contra un modelo ideológico y social que

puso en riesgo su hegemonía sobre las riquezas de los diferentes pueblos. Ese momento llegaría unos años más tarde cuando se azuzó a la Alemania hitleriana contra la URSS. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) fue el momento más sangriento de ese ataque al país euroasiático.

Previamente, permitieron que la Alemania Nazi desarrollara grandes fuerzas armadas capaces de enfrentarse al Ejército Rojo, aunque nunca contaron con que el alto mando alemán primero atacaría en una primera fase de la Segunda Guerra Mundial (1939-1941) a las propias potencias occidentales antes de invadir a la URSS a partir de 1941.

El temor al modelo socialista fue lo que sirvió de combustible para comenzar aquella conflagración mundial.¹ Las grandes burguesías de Occidente instrumentalizaron al nazismo alemán para destruir el modelo socialista soviético que se originó con la Revolución rusa de 1917, la misma que al cumplir su primer centenario no ha perdido una de sus principales trascendencias universales: ser la iniciadora de la historia del siglo xx.

CONCLUSIONES

Las conclusiones que podemos extraer de la revisión de estos acontecimientos son las siguientes:

1. La revolución rusa fue un proceso sociopolítico acumulativo que inició con los sucesos de 1905 y culminó con la toma del poder por parte de los bolcheviques en octubre de 1917.
2. Las circunstancias socioeconómicas que movilizaron a las masas campesinas al inicio del periodo revolucionario de 1905 estuvieron caracterizadas por las desfavorables condiciones para el campesinado, que trajo consigo la abolición de la servidumbre.
3. La larga tradición colectivista y comunitaria del campesinado y obrero rusos generó los cimientos culturales y organizativos que facilitaron la asimilación militante de ideas socialistas y dio origen a las estructuras de discusión y

¹ En estos momentos el autor del artículo prepara su tesis doctoral sobre el tratamiento de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial en la prensa panameña.

militancia revolucionaria que fraguaron todo el proceso desde 1905 a 1917, ejemplo: los soviets.

4. La teoría de la revolución y el estilo radical de la práctica política rusa fueron el producto de una síntesis que combinó contextos materiales como la precariedad socioeconómica y la carencia de libertades políticas de las masas, con construcciones socio históricas como la voluntad de misión rusa heredada de la cultura bizantina, el sentido de vocación colectivista adquirido de las comunas campesinas rusas, la dialéctica entre las ideas socialistas occidentales con la tradición literaria paneslava y el análisis crítico, militante y profundo de la coyuntura de 1905.

5. Los episodios revolucionarios de Rusia en 1905 y 1917 estuvieron contextualizados por situaciones de derrota en guerras contra potencias extranjeras. En 1905 contra el Imperio del Japón y en 1917 en el marco de la Primera Guerra Mundial.

6. El triunfo de los bolcheviques en 1917 abrió un proceso de efervescencia revolucionaria internacional para las primeras décadas del siglo xx.

7. El peligro que representó el modelo socialista, nacido de la Revolución Rusa, fue uno de los factores que originó la Segunda Guerra Mundial.

BIBLIOGRAFÍA

- DÍAZ , E. (coautor). (2014): *Historia Universal. Historia Contemporánea*. Tomo IV. La Habana: Editorial Imagen Contemporánea.
- CHURCHILL, W. (2015): *La Crisis Mundial 1911-1918*. México: Editorial Delbolsillo.
- FIELHOUSE, D. (1978): *Economía e Imperio. La Expansión de Europa 1830-1914*. México: Editorial Siglo XXI.
- GARCÍA, R. (2010): «Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos.» *Revista Argumentos* (México), volumen 23, N.º63. mayo/agosto. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952010000200011, Fecha de consulta [5/abril/2017].

- HART, P. (2014): *La Gran Guerra*. México: Editorial Memoria Crítica.
- HOBSBAWM, E. (1999): *Historia del Siglo xx*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Crítica (Grijalbo Mondadori).
- KISSINGER, H. (1996): *La Diplomacia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2016): *Orden Mundial*. España: Editorial Debate.
- LENIN. (1975): *Izquierdismo: Enfermedad Infantil del Comunismo*. República Popular China: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 4ª edición.
- STEVENSON, D. (2015): *Historia de la Primera Guerra Mundial 1914-1918*. España: Editorial Debate.
- TOYNBEE, A. (1981): *Estudio de la Historia*. Compendio IX-XIII. España: Editorial Alianza.
- _____ (1970): *Estudio de la Historia*. Compendio I-IV. España: Editorial Alianza. España.